

tíbulo, y ya con su paletot puesto, tuvo el capricho de dar su último paseo por aquel jardín casi desierto. Atravesaba una calle solitaria, cuando un hombre, envuelto en un abrigo de pieles, pasó casi á su lado sin verle; ¡tan preocupado iba!... Creyó reconocer á Mourad, y le siguió con la vista... Aquel hombre se dirigió hacia una puertecilla, situada al extremo del jardín, que debía comunicar con la Avenida del Elíseo; la abrió y desapareció. Al punto, sin vacilar, el señor X... volvió á la casa, atravesó los salones, bajó la escalera como un huracán, y se metió en un coche de alquiler.

—¡Cinco francos de propina! ¡A escape! Avenida Villers.

Al ver salir á Mourad, se habia dicho:—Para abandonar su fiesta, algo importante le ocurría; de seguro, ¿se dirigirá á casa de su cómplice?

A mitad de la Avenida Villers, dejó el coche, y le despidió. Encaminóse á pie hacia la casa que también conocía; ningún carruaje habia delante de su puerta. Mourad quizás no habia llegado, y se convenció, al escuchar á lo lejos un carruaje que se acercaba. El coche se detuvo á corta distancia de la casa, y el que le ocupaba, pagó al cocheró, como habia hecho el señor X... Este, que se habia refugiado en la empalizada de una casa en construcción, vió pasar por delante de él al hombre envuelto en el abrigo de pieles que habia apercibido en el jardín, y que tenia el aire y la estatura de Mourad. Al llegar éste delante de la casa antedicha, miró en torno suyo; abrió la puerta con una llave que tenia, y entró.

—Ahora, —dijo el señor X... — vamos á esperar hasta que vuelva.

Un carruaje que pasaba desocupado, condujo de nuevo á el señor X... á la calle del Circo, y entró de nuevo en el hotel.

Se dirigió al jardín, y al cabo de una hora, la pequeña puerta se abrió y el hombre apareció sin dejar duda al señor X..., porque le vió arrojar su abrigo de pieles á un criado, y reconoció á Mourad.

Sabia cuanto deseaba, é iba á retirarse, cuando tuvo el capricho de saber lo que habia sido de los demás Agentes de Sivasti. Todos estaban diseminados en distintos salones... ¡La noche habia sido para ellos!

Nada más curioso para un observador perspicaz como el señor X..., que observar á aquellos trabajadores hábiles, graves, silenciosos, que con su frac negro, su corbata blanca y su pecho adornado con alguna condecoración, parecían diplomáticos que se dignaban honrar la fiesta de Mourad.

Los salones estaban casi desiertos, las últimas parejas habian cedido al cansancio, y el señor X... se retiró definitivamente, encantado de la noche pasada.

## IV

Hacia tiempo que el señor X... no veía á Sivasti sino de vez en cuando; sus visitas cotidianas eran inútiles, puesto que no jugaba y se contentaba con ir un par de veces por semana á la Avenida Villers para dar cuenta de los adelantos de su discípulo Jorge de Bussine; pero al día siguiente de la fiesta de Mourad, al despertarse, muy entrado el día, le entregaron un billete así concebido:

*Sidi-Bou-Said aguarda á las seis al señor X... para asunto urgente.*

—¡Lo sospechaba! — murmuró.

A las seis en punto llegó á casa de Sivasti, y éste, que había recibido sus visitas obligadas, le hizo entrar en uno de sus salones.

—Me apresuro á acudir á vuestra cita, — dijo X... — y esto tiene tanto más mérito cuanto que me he acostado muy tarde, ó más bien, demasiado temprano.

—¡Hola! ¿Os habéis dejado seducir por alguna partida? — dijo Sivasti afectando ignorar dónde su interlocutor había pasado la noche; — yo creí que ya no jugábais.

—No os engañáis, porque no es en el Club donde he pasado la noche, sino en un baile.

—¿Vos?

—Yo, sí, baile excepcional, en casa del moro Mourad-Bey... Yo creí veros allí. ¿No es vuestro compatriota?

—Creo que sí; pero no le conozco. El habita en Tunez, yo en Constantinopla, donde he nacido y de donde salí muy joven. ¿Os habéis divertido mucho en su casa?

—¡Mucho!

—Me alegro: hablemos ahora de cosas serias. La última vez que tuve el placer de veros, me hablasteis con elogio de los progresos de vuestro discípulo el señor de Bussine. ¿Seguís contento de él?

—Muy contento; es ya de primera fuerza.

—¿Y comprende el objeto conque le enseñáis?

—No nos hemos explicado todavía en ese sentido, y le enseño como para ponerle en guardia contra las *fullerías* que se pueden emplear; él aprende por pura curiosidad; pero su situación es precaria y no dudo que tratará de utilizar lo que aprende.

—Cuento con vos, — dijo Sivasti, — y se hace urgente para mí que se le utilice.

—Lo intentaré.

—No se trata de intentarlo, — dijo Sivasti con energía, — es preciso conseguirlo. ¿Creéis que el señor de Bussine está dispuesto á dejarse vencer?

—Creo que sí, pero temo que no pueda trabajar sin peligro. No es lo mismo trabajar delante de mí que en público.

—¿Qué sabe hacer?

—*Señales improvisadas*; desliza bastante bien la primera y segunda carta del juego...

—Eso basta.

—Pero aún no tiene experiencia ni sangre fría, y si se deja sorprender...

—Le sorprenderán. ¿A vos que os importa?

—Perdonad; mi amor propio está interesado en que mi discípulo quede airoso. Además, no le quiero mal, ni tengo por qué exponerle á un conflicto.

—Dejad á un lado vuestras delicadezas, y sobre todo, no me obliguéis á participarlas, — dijo Sivasti duramente. — Yo corro el riesgo de las torpezas del señor de Bussine, y quiero que desde mañana empiece sus operaciones.

—Yo deseaba esperar aún... — dijo X..., que quería que su adversario se entregara.

Este resultado podía obtenerle sin dificultad, porque su interlocutor, que ignoraba los descubrimientos hechos aquella noche, no podía adivinar el juego de su contrario, y acostumbrado á mandar, era cada vez más imperioso.

—¡A vos os conviene aguardar! — dijo; — ¡á mí no me conviene, tendréis que ceder!

—Me permitiréis, caballero, que no lo haga.

—Ved lo que hacéis...

—¡Me amenazáis! Ya os dije que á la primera amenaza...

—Me desafiáis. Pues bien; — continuó Sivasti, con perfecta calma, — podéis hacerlo, porque me he puesto en guardia contra la provocación, y he preparado una nota, en que refiero vuestra vida con todos sus detalles desde hace veinte años. En cuanto os opongáis á mi voluntad, envío esa nota...

—¿A la Prefectura?

—No, á vuestra mujer y vuestros hijos.

El señor X... se puso lívido, pero tenía tal imperio sobre sí, que dominó su cólera, y en lugar de arrebatarese, pareció alterado, y dijo conmovido:

—No haréis eso, yo os ruego...

Sivasti, engañado por aquel terror, admirablemente fingido, creyóse con derecho á ser aún más duro, y dijo:

—Lo haré si intentáis la menor resistencia.

El Señor X... pareció reflexionar un instante, y dijo con ronco acento:

—Obedeceré.

—Mañana mismo, ¿no es verdad?

—Desde mañana, si el señor de Bussine quiere.— Eso no depende de mí.

—De vos depende, y estoy de tal modo persuadido, que voy á entregaros diez mil francos, con los que *tallará* mañana, á las once de la noche, en su Círculo habitual. Esto nunca deberá producirle hasta cien mil francos.

—Perfectamente; pero juradme que esas notas de que me habéis hablado?...

—Serán quemadas pasado mañana, y os veréis libre y tranquilo.

—¡Libre y tranquilo! — dijo el señor X... que esta vez parecía enteramente vencido.

—He aquí cómo es preciso conducirse con estas gentes, — dijo Sivasti cuando se hubo retirado su interlocutor.— Pero, ¡qué guerra me da Mourad

con su necia pasión! En fin; es preciso ser indulgente con él, para que lo sean conmigo.

El señor X..., al dejar á Sivasti, fue á comer con su familia, como de costumbre, y á las nueve subió en un carruaje y se dirigió á Montmartre, donde encontró al señor de Bussine en su estudio, y le dijo:

—Antes de empezar vuestros *trabajos*, permitidme dirigiros alguna pregunta.

—Sois muy dueño.

—¿Creo que me habéis dicho que vinisteis de Argel en el mismo buque que Mourad-Bey?

—Sí.

—¿Viajaba sólo?

—No; una mujer le acompañaba.

—¿Y un hombre?

—Sí, su Secretario.

—¿Querriais darme algunas señas de él?

—Podría tener unos treinta años, era alto, esbelto, con bigote negro y poblado, rasgados ojos... tipo árabe muy marcado.

—¿Qué idioma hablaba?

—Francés, con muy poco acento.

—¿Y se llamaba?...

—Sivasti.

—¿No le habéis visto después en Paris?

—Sólo un día he creído verle, y como pareciera querer que no le viese, pasé de largo.

—¿No habéis preguntado por él á Mourad?

—Sí, le pregunté un día, y me dijo:— Hemos reñido; tenía exigencias, á las que no me parecía ceder; nos separamos, y no sé qué ha sido de él.

—Muy bien: muchas gracias. Ahora, decidme: ¿cómo siendo tan amigo de Mourad; no habéis ido anoche á su fiesta?

—No me gusta la sociedad; además, tengo contrariedades en estos momentos, y estoy mejor en mi casa.

—No es esa la razón verdadera; tenéis otra.

—Os aseguro...

—¿Me permitís que os dé un consejo?

—Hablad.

—Tened confianza en mí un instante, sólo un instante; ¡va en ello vuestro reposo, vuestro porvenir, vuestra existencia!

—¿Mi existencia?

—Sí. ¿No os habéis hallado nunca en un momento de confianza, de abandono?...

—Sí, muy recientemente.

—Pues bien: tenedle conmigo; la ocasión es grave; tengo interés personal en interrogaros, no lo niego; pero vos le tenéis quizás mayor en responderme con franqueza.

Jorge de Bussine vacilaba, cuando el señor X... repitió su pregunta.

—Vamos á ver: ¿por qué no habéis ido á la fiesta de Mourad-Bey? ¿No os ha invitado?

—No solamente me ha invitado, sino que me ha suplicado particularmente que vaya.

—¿Y por qué no habéis ido?

—Porque no era á mí á quien deseaba ver en su fiesta; era á mi hija.

—¡Ah! ¿conoce á vuestra hija?

—Sí, hicimos juntos el viaje desde Bône á Marsella.

—¿Y la ha vuelto á ver después?

—Una vez en mi casa.

El señor X... comprendió que se internaba en terreno muy delicado y debía proceder con grandísimo tino.

—Entonces, — dijo, — aún me explico menos por qué no habéis asistido; las invitaciones de Mourad han sido colocadas en la mejor sociedad, y allí he podido ver á muchas jóvenes al lado de sus padres.

—¡Es posible! — repuso Jorge; — pero á esas

jóvenes, el dueño de la casa no las había ultrajado antes.

—¡Cómo! Mourad...

—Sí, — exclamó Jorge, conteniéndose á duras penas, — ha osado decir á mi hija que la amaba...

—Es una de tantas declaraciones propias de oriental. Mourad conoce poco nuestras costumbres, y no sabe que á una joven en nuestro país no le habla de amor más que quien puede ser su marido. Hacéis demasiado honor á ese moro al tomarle por un hombre civilizado.

Jorge guardaba silencio, y su interlocutor dijo:

—Yo he visto alguna vez á vuestra hija, y es muy linda; no es extraño que Mourad haya concebido por ella un amor verdadero.

—Os engañáis, — exclamó Jorge, exaltado. — Sé á qué atenerme en este asunto; conozco su infame intención al requerir de amores á mi hija...

Jorge se detuvo; vacilaba en dar ciertos detalles de su vida privada, pero el señor X..., poniendo una mano sobre su hombro y mirándole frente á frente, le dijo,

—Hablad, os lo repito; no es una vana curiosidad la que me guía. ¿Qué pruebas tenéis de que el amor de Mourad no es digno?

—¡Qué pruebas! ¡qué pruebas! Las tengo en los esfuerzos que ha hecho para reanudar sus relaciones con nosotros, en las precauciones que ha tomado para encontrarla sola, en los medios de que se ha servido para ponerme bajo su dependencia: halagaba mi vanidad, compraba mis lienzos, adelantándose sumas importantes para tenerme en su poder, facilitando mis amores con esa circasiana que ha traído á Francia, y día por día la mandaba á mi estudio para que alimentase mi amor, para que yo olvidara á mi hija, y arrebatarla su único protector. Me pres-

taba dinero para jugar, y Fatmah era cada día más exigente. ¡Pero sus cálculos se han estrellado! Susana, aunque se ha visto sola, no es de las mujeres que se dejan seducir. ¡Desdeña la fortuna de Mourad, y le desprecia! ¡En cuanto á mí, quería que cayese tan bajo, que ya no me pudiese levantar! ¡Mi hija ha osado decirme en su indignación que yo no era su padre! Y estas palabras, desde que las ha pronunciado, las oigo á todas horas y me estremecen... ¡me hacen llorar! ¡Ya no tengo más que un pensamiento, rehabilitarme en el concepto de mi hija y recobrar su cariño!

El señor X... le había escuchado sin interrumpirle; sabía ya todo lo que necesitaba; sabía más que el mismo Jorge, puesto que conocía los motivos que guiaban á su adversario, y comprendía también por qué le mezclaba á él en el asunto. Mourad sospechaba que Jorge se le podía escapar, sospecha harto justificada por la reacción que en él se advertía en aquel momento, y ahora quería tenerle en su poder por el temor, por el miedo... Por eso necesitaba hacerle su asociado, su cómplice, y de seguro quería sorprenderle al día siguiente *in fraganti*, y dueño de su honor, de su libertad, de su crédito, poder vencer sus escrúpulos y triunfar de la resistencia de su hija.

Reflexionó un instante y acercándose al señor de Bussine, dijo:

—Tenéis razón; Mourad se ha conducido indignamente; comprendo que cortéis todo trato con él... ¿pero no me habíais dicho que le debíais dinero?

—Sí, y eso es lo que me atormenta.

—En un caso excepcional como éste, ¿por qué no os aventuráis una vez á la casualidad? Habéis perdido mucho, pero también en algunas ocasiones habéis ganado, y ¡quién sabe si podríais pagar vuestra deuda con una banca afortunada!...

—Para intentarlo, se necesita dinero, y yo os he dicho que no le tengo.

—En cuanto á eso, yo pongo diez mil francos á vuestra disposición.

—¡No, por piedad, no tentéis mi virtud!

—No trato de ello; pero después de haber perdido tanto, creo que podríais intentar...

—No estoy en las mismas condiciones; hoy jugaría con miedo...

—¿De qué? ¿De perder?

—¡No, de ganar! Vuestras lecciones han sido para mí de un efecto terrible, han despertado en mí una sed devoradora; pero tengo miedo, pues si con las cartas en la mano recordara vuestras lecciones, y al ver que me trataba mal quisiera corregir la fortuna... ¡Oh! no quiero descender á ese grado de infamia! He cometido muchas faltas en mi vida, pero aún no he llegado á esa, que me inspira más horror que las otras. ¡Quién sabe á lo que se expone el desgraciado que con las cartas en la mano, despoja á los que juegan con él! ¡El griego no es solamente ladrón, puede ser hasta asesino!

El señor X... se levantó, y apoyando la mano en su hombro, dijo:

—Os encuentro como deseaba; ¡estáis salvado! Escuchadme...

## V

Hacia algunos años que muchos círculos de Paris, tomando ejemplo de la Union Artistica, daban, durante el invierno, representaciones dramá-

ticas ó conciertos, y en estos días de gala, se hacía una infracción en los estatutos; se invitaba á algunos extraños, que no formaban parte de la Sociedad, pero estos invitados debían limitarse á la sala donde se verificaba la fiesta, sin penetrar en la de juego, bajo ningún pretexto.

Sin embargo, siempre se encontraban medios de penetrar en ella, porque los porteros no conocían bien á todos los socios, y antes de cometer la torpeza de detener á un asociado, preferían dejar pasar á un intruso.

Esto explica cómo el viernes, siete de diciembre, había más gente que de costumbre en el Club, donde concurría Jorge de Bussine; porque en él se verificaba un concierto aquella noche. A las once, las salas de juego fueron invadidas por los aficionados, que prefieren á las más arrebatadoras melodías, el ruido del oro y la voz enronquecida del *banquero*.

Los acostumbrados jugadores se vieron bien pronto en torno de la mesa, y se advertía, como en otro tiempo, en aquella noche célebre en que Jorge de Bussine perdió el dinero que no le pertenecía, al abogado Lafleur, que todas las mañanas hacía el juramento de no jugar, y todas las noches se devolvía su palabra, y á su lado, Amelin el Diputado, al eterno jugador. También estaba Jorge de Bussine acompañado de su profesor el señor X...; asimismo se veía á Mourad, siempre de pie á la derecha del *banquero*, mirando y escuchando cuanto se hacía y hablaba, pero sin tocar las cartas. Lo que le había valido el apodo de *dilittanti* del *baccarat*.

También se encontraban allí, perdidos entre la multitud, esos personajes que se hallan siempre en todas las fiestas y toman parte en todas las partidas donde hay algo que aprovechar.

Empezóse por *tallar* pequeñas *bancas*, que pa-

*saron* al instante, mientras que en un ángulo del salón el señor X... decía á Bussine:

—¿Estáis tranquilo? ¿Sóis capaz de dominaros?

—Sí,—contestó el interpelado.

—Entonces este es el momento; hacéos adjudicar la *banca*.

—¿Estáis seguro,—dijo Jorge,—de que esas barajas colocadas delante del *banquero* son de las nuestras?

—Segurísimo. Hace un momento, mientras todos estaban en la sala del concierto, he retirado las barajas y he puesto esas en su lugar.

—¡Cien luises por la *banca*!—exclamó el que la tenía.—¿Quién da más?

—¡Doscientos!—dijo uno.

—¡Trecientos!—dijo Bussine.

—¡Trecientos cincuenta!—dijo el que iba á *tallar* por cuenta del diputado Amelin.

—¡Quinientos!—dijo Jorge.

Nadie subió de esta suma, y la *banca* fue adjudicada á Bussine.

—¡Valor!—le dijo X...—pasando á su lado.

—Gracias,—dijo éste.

Al verle sentar Mourad, no pudo ocultar una sonrisa de satisfacción; había advertido que Jorge y el señor X... se habían hablado.

Jorge caía en el lazo que le tendía. Dentro de algunos minutos iba á ser esclavo de Mourad, que podría perderle...

Disputábanse los puestos alrededor de la mesa.

—¡Es dinero seguro!—decía Lafleur,—Bussine pierde siempre.

—Es que no juega hace dos meses...

—No importa; su mala suerte es, como si dijéramos, á perpetuidad. Precisamente esperaba á que él *tallara* para reponerme un poco.

Las personas extrañas al Círculo que oían ha-

blar de la mala suerte de aquel *banquero*, se arriesgaban con confianza, y los cuatro Agentes de Mourad y de Sivasti, arrastrados por la reputación honrada de aquel *banquero*, se permitieron jugar, una vez en su vida como todo el mundo, de buena fe.

La mesa se cubrió de billetes, de oro, de *tantos*, mientras que Bussine barajaba con lentitud y empezaba á distribuir las *cartas*, sin ocuparse para nada de sus adversarios.

Ganó tres *tallas* seguidas, reuniendo delante de él unos ochenta mil francos. Entonces los jugadores, un poco intimidados, se detuvieron y aguardaron; los Agentes de Sivasti se arrepintieron de haber jugado y se preguntaban si no habían sido engañados respecto á la honradez del *banquero*.

Lafleur, sentado al lado de su amigo Amelin, decía:

—Esto no puede durar; veréis qué pronto devuelvo cuanto ha ganado.

—¡Dios os escuche!— respondió el Diputado, muy abatido, y preguntándose si en lugar de haber ido aquella noche al Club, no le hubiera valido más haberse encerrado en una casa de orates.

Las previsiones de Lafleur se realizaron; el *banquero* perdió dos *tallas* seguidas, que le llevaron solamente algunos miles de francos, porque los jugadores prudentes se habían abstenido, y con esto se animaron de nuevo, creyendo cambiada la suerte, tratando dereponerse de sus primeras pérdidas.

Todos, pequeños y grandes, se engañaron en esta confianza; el *banquero* pasó una vez en los dos *cuadros*, y este éxito lo obtuvo sobre los *puntos* más débiles, por lo cual, jamás un juego había parecido más honrado ni más correcto.

Esta *banca-rapiña* que hubiera podido calmar á los *puntos*, los exaltaba, por el contrario, y cuanto más perdían, más se aferraban en el juego, fascinados por la vista de aquella masa de oro y de billetes amontonados delante del *banquero*.

Sólo los cuatro Agentes de Sivasti se abstenían, contentándose con seguir el juego, sin perder de vista las manos del *banquero*.

De vez en cuando se permitían un gesto de aprobación, ó fruncían las cejas cuando algún detalle no les satisfacía del todo, y llegó un momento en que uno no pudo menos de murmurar estas frases, que nadie oyó entre el tumulto:

—¡Magnífica obra del pulgar! ¡De segunda fuerza, pero promete!

El señor de Bussine, siempre dueño de sí, conservó la *banca* hasta el fin de la *talla*, y cuando no quedaban más que seis cartas para la última jugada, tuvo la sangre fría de proponer la *baza* llamada de *Marsella*, en que la *mesa* se cuenta por diez.

Dominados por la última esperanza, los *puntos* aceptaron, y perdieron esta *jugada* como las otras.

—Decididamente nos ha dejado limpios,— dijo Lafleur,— y ahora sí que prometo no volver á jugar, puesto que no se puede tener confianza ni aun en Bussine.

Los jugadores, contrariados, se disponían á dejar la mesa, cuando Bussine pronunció estas palabras con acento breve y claro:

—No os mováis, señores; tenemos que ajustar cuentas.

—¿Qué cuentas?— preguntaron algunos.

—La cuenta de lo que he ganado.

—Hacedla vos; no nos interesa el estado de vuestro bolsillo.

—Perdonad: este dinero no es mío; va á seros

restituido, y es preciso que cada uno sepa lo que ha perdido.

—¡Cómo! ¿Qué queréis decir?

—Que no puedo conservar este dinero, porque lo he ganado con *cartas preparadas* por uno de vuestros colegas, que está enfrente de mí: Mourad-Bey.

Un movimiento sobrenatural se produjo en el salón: los jugadores se levantaron, y sin abandonar sus puestos, pasaban sus miradas de Mourad á Bussine. Las demás personas que estaban diseminadas por la sala, se acercaron, formando un grupo compacto, deseosos de ver y oír.

El acusador y el acusado eran los únicos que no habían tomado parte ninguna en el movimiento. Jorge de Bussine permanecía sentado, con los brazos cruzados, los ojos fijos en Mourad... Este, al otro lado de la mesa, se acariciaba su largo bigote negro, mirando en torno suyo, como si no comprendiera lo que pasaba; pero la palidez de su rostro, la contracción de sus nervios, revelaban su emoción.

Sobre el tapete verde, entre Mourad y Jorge, continuaba la masa enorme de oro y billetes.

Un gran silencio reinaba en la sala. Todos aguardaban con ansiedad, y los cuatro *fulleros* tuvieron instinto de desaparecer, en cuanto se habló de *cartas preparadas*: pero el interés de la escena les contenía, y además, el *banquero* había hablado de restitución y ellos habían perdido.

Una voz se levantó en medio del silencio general; la de Lafleur, que, en su cualidad de Abogado, se creyó obligado á ello.

—Acaban de formular una grave acusación contra uno de nuestros colegas; en nombre de todos pido explicaciones al acusador.

—¡Sí, sí! —dijeron todos.

—Estoy á vuestras órdenes, — exclamó Jorge.

Y con voz firme, refirió, con la brevedad posible, pero sin olvidar ningún detalle importante, la historia de Mourad desde su salida de Túnez, su naufragio, la pérdida de sus riquezas; citó varios testigos que le había nombrado el señor X..., y después de probar la ruina completa del antiguo Ministro, explicó cómo había vivido en París hasta el día en que planteó la empresa por él iniciada, auxiliado en ella por su cómplice Sivasti.

A medida que hablaba, la luz se hacía para todos los jugadores: recordaban mil incidentes, mil particularidades, que ahora se explicaban perfectamente; se veía á Mourad, enemigo declarado del juego, corriendo de Club en Club, siempre á horas fijas, y vigilando á *banqueros* determinados; otros detalles provocaban rumores y observaciones de la multitud, que ya ayudaba á la obra de destrucción de Jorge Bussine, y el gran Mourad se desmoronaba y caía desde su altura.

Diferentes grupos mostrábanse más encarnizados contra Mourad, porque las indicaciones de Jorge les indicaba quién era su verdadero Jefe, el hombre indigno que les explotaba, y con este solo objeto el señor X... les había hecho invitar para aquella fiesta.

Sin verlos, sin oírlos, sin volver siquiera la cabeza, Mourad-Bey comprendió que sus subordinados estaban un completa rebelión... ¿pero cómo defenderse contra ellos? Si los reconocía, era entregarse.

Alguno hizo observar que el señor de Bussine no había dicho todo lo que sabía, y era conveniente dejarle hablar.

—En efecto, señores, quisiera hablar ahora de lo que me es personal; — dijo Bussine.

—¡Hablad, hablad!

Algunos de los presentes hubieran preferido recoger su dinero y jugar de nuevo, en vez de escuchar historias; pero como el dinero no se les devolvía, veíanse obligados á esperar.

Este era uno de los cálculos del señor X..., que para asegurar su venganza no había omitido ningún detalle.

El señor de Bussine replicó con acento ligeramente conmovido:

—Siempre tratando de aumentar el número de sus Agentes, de extender sus operaciones, Mourad puso los ojos en mí... Sin duda, porque al verme arruinado, me creyó capaz de todas las villanías; y me envió uno de sus emisarios con encargo de enseñarme *artes* que yo ignoraba, y con los que debía limpiaros los bolsillos... Me fingí con disposiciones felices para dejarme corromper. Aprendí sus lecciones, y cuando me han creído bastante hábil, me han dicho:—*Tallaréis* esta noche, ganaréis una *banca* y partiremos los beneficios.—Cumpliendo los deseos de Mourad, reparto mis beneficios, pero no con él, sino con vosotros; y estos diez mil francos que me fueron dados para despojaros, tomadlos, dádselos á los pobres, ó guardadlos á cuenta de lo que os han robado.

Se detuvo, y un murmullo de aprobación acogió sus palabras. Varias personas aplaudieron, porque la conducta de Jorge no podía menos de ser simpática.

Mourad se sintió perdido; tuvo, sin embargo, aire de protestar contra las acusaciones de que era objeto, y alguno de los que se llamaban sus amigos, le dijeron:

—¡Responded, responded algo!

Procuró reponerse un poco, y dijo:

—Desdeño explicarme, porque ciertas calumnias son tan ridículas, tan monstruosas, que caen

por sí mismas, y es hacer demasiado honor tratar de combatir las.

Estas palabras enfáticas no hicieron todo el efecto que se proponía; las acusaciones de Jorge habían sido claras, precisas; lo mismo debían ser las respuestas.

Un rumor se levantó en todas partes, que hizo estremecer á Mourad.

—El señor de Bussine me ha hecho el héroe de una novela inverosímil. No soy de vuestro país, pero le conozco lo bastante para persuadirme de que las asociaciones de *griegos* de que acaban de hablaros, no existen más que en la imaginación exaltada de algún poeta. Dejad el lado grotesco de la fábula y escuchad la verdad.

—¡Sí, hablad, hablad!

—Mi relato será muy sencillo, — continuó Mourad, que recobraba poco á poco su sangre fría; — por lo mismo que no juego, tengo gusto en ver jugar, observo á los *banqueros*, y os he dicho varias veces que donde yo estoy no hay *griegos*, porque yo al punto los denunciaría.

—¡Pero os habéis guardado bien de hacerlo! — dijo uno.

—¡Los Reyes no se comen entre sí! — dijo otro.

—No, ahora son los súbditos los que comen á los Reyes, — dijo una voz desde el centro de uno de los grupos.

—¡Silencio! — exclamaron todos.

—Apenas el señor de Bussine había tomado la *banca*, — continuó Mourad sin intimidarse por estas interrupciones, — colocado frente á él, he visto perfectamente su manejo en el juego, y temiendo sin duda verse denunciado por mí, ha imaginado acusarme de tan ridícula manera.

—Señores, — se apresuró á decir Jorge sin perder su serenidad; — el hombre que se arroja á lo que me he arrojado yo, no lo hace sin tomar sus

precauciones. ¿Dónde está el Presidente del Club?  
—Aquí estoy,—dijo adelantándose un hombre de noble aspecto, casi anciano, respetado por todos sus colegas.

—Pues bien, mi querido Presidente; os han debido entregar una carta hace cosa de media hora, antes de que yo me sentase á tallar; ¿la habéis leído?

—No, hasta la había olvidado.

—Pues es mía; os ruego tengáis la bondad de leerla.

Mientras el Presidente del Club leía la carta, Jorge de Bussine, volviéndose á los concurrentes, dijo:

—En esa carta, señores, anuncio á vuestro Presidente lo que iba á hacer y decir esta noche; le prevengo que jugaré con *cartas preparadas* por Mourad-Bey; que os ganaré el dinero y os lo devolveré...

—Es verdad, me anunciáis todo eso,—dijo el Presidente, acabando de leer la carta y mostrándola á quien quiso verla.

—Pues ya veis, señores,—continuó Jorge,—que antes de tener la *banca*, acusaba á Mourad-Bey.

—¡Bien, bien!—exclamaron de todas partes.

—Eso prueba la inocencia del señor de Bussine,—dijo uno;—pero no nos da la prueba de la culpabilidad de Mourad. Necesitamos una prueba clara, evidente.

—No la llevo conmigo,—dijo Jorge, sonriendo.

—¿La hallaréis quizás sobre Su Excelencia?—dijo un Agente de Sivasti, olvidando toda prudencia, para no pensar ya más que en vengarse.

—En efecto,—dijo alguno;—si Mourad-Bey ha sustituido las barajas, habrá recogido las verdaderas.

—¡Supongo que no pretenderéis registrarme!—

dijo Mourad, pálido y queriendo defenderse, en un arranque de dignidad:

—¿Por qué no?

—No, no, decían unos.

—Sí, sí, decían otros.

Pero un Miembro del Círculo, de los que habían perdido más aquel año, y que era de los más exasperados, acercóse á Mourad, exclamando:

—¿Qué tenéis en el bolsillo de este lado? Abulta mucho; mostradnos el contenido, para evitaros la tentación de ser indiscretos.

Mourad hizo maquinalmente lo que se le pedía... ¿Sabía que tenía barajas en el bolsillo? Quizás no, porque de repente su palidez aumentó, y un estremecimiento general agitó su cuerpo: su mano acababa de tropezar con tres barajas, que el señor X..., aprovechando su turbación, había deslizado en el bolsillo de su frac. Para un *filósofo* de tal destreza en el juego, esta introducción de barajas fue un juego también.

Gracias á esta prueba material que el señor X... procuró, los más incrédulos quedaron convencidos.

Gran tumulto reinaba en la sala de juego: no se discutía ya la culpabilidad de Mourad; se preguntaban unos á otros qué castigo deberían imponerle; pero él levantaba la voz más que todos, y decía:

—¡Esto es una infamia! Mis enemigos han introducido estas barajas en mi bolsillo.

—Es posible,—dijo la persona que insistía en defenderle;—esa prueba no me ha convencido.

—Pues os daré otra,—dijo Bussine sin moverse de su asiento.

Varias personas reclamaron silencio y en breve se logró obtenerlo.

—Señores,—repuso Jorge;—ya comprendéis que no es de ayer el que mis amigos y yo sospe-

chemos de Mourad-Bey; hace un mes que disponemos la escena que se desarrolla esta noche, y escribimos á los Gerentes de varios Clubs, rogándoles que por interés suyo hicieran una pequeña marca de los billetes de Banco que cambia por las fichas al pagador; ¿se ha seguido en esta casa nuestro deseo?

—Sí, señor, —dijo el Gerente de la casa;— todos los billetes de mil francos que han salido de mis manos, llevan una pequeña marca especial que los hace reconocer fácilmente.

—Pues, señores, puesto que Su Excelencia ha sido tan amable que nos ha mostrado lo que llevaba en el bolsillo, yo le ruego que nos confíe un instante su cartera; en ella llevará billetes de Banco y entre ellos quizás nuestro Gerente reconocerá los suyos.

Mourad, instado por unos y por otros, tuvo que arrojar su cartera sobre la mesa, y en ella se reconocieron los billetes indicados por el Gerente.

—Pues bien, señores, —repuso Jorge paseando sobre los presentes una mirada victoriosa, —si Su Excelencia no juega nunca, ¿por qué lleva en su cartera billetes que han salido de la casa de juego? Por que le han sido entregados por sus Agentes, por sus asociados, por los que representan su infame explotación.

Todos acudieron á estrechar la mano de Jorge, á felicitarle por aquel acto de valor, y al mismo tiempo se disentió el partido que debían tomar con Mourad. ¿Le expulsarían sin castigo? ¿le denunciarían? El Presidente del Club y varios socios, entre ellos el señor X..., fueron de opinión de evitar el escándalo, y dejar salir al moro, sin más castigo que el desprecio de todos.

Dos filas se abrieron para darle paso, y Mourad se alejó, grave, lento, acariciando su bigote, paseando en torno suyo su adormecida mirada.

Quando hubo desaparecido, se hizo el reparto de la suma ganada por Bussine, y cuando acabaron, dijo el abogado Lafleur:

—Prosigamos la partida. ¿Quién talla?

—Se subasta la banca, —dijo el Gerente.

El Club recobraba su vida habitual.

## VI

Mourad, entretanto, envuelto en su abrigo de pieles, con el cigarro en la boca, salió al boulevard y avanzaba lentamente hacia la *Magdalena*.

¿Adónde iba? Lo ignoraba; no se lo preguntaba siquiera. Estaba anonadado por el golpe que acababa de recibir.

Sin embargo, aquel golpe terrible que le robaba á la vez su posición, su fortuna; que le cubría de vergüenza, no le era tan sensible como podía creerse; su fanatismo oriental le sostenía, como le había sostenido en la época de su caída ministerial y del robo de sus joyas.

—¡Dios lo quiere! —decía aquel pagano, que cuando podía servirle, se transformaba en creyente;— se ha perdido esta partida, jugaremos otra.

Bien merecía el dictado del *Rey de los Griegos* aquel que, sin haber tocado nunca una carta, había jugado toda su vida el gran juego, el de combinaciones audaces, el de las grandes estafas, siendo más jugador que todos sus súbditos.

Pero antes de comenzar de nuevo la lucha, de discurrir una nueva jugada, era preciso liquidar la última, porque cuando el escándalo que aca-